



MIRANDO AL OTRO LADO

El ridículo excepcionalismo de Morena

Desde ese momento, Morena asume el disfraz del excepcionalismo. Y bajo esa capa mágica adquiere poderes que no tienen las otras formaciones políticas



Todo lo que dice, hace y propone Morena es considerado, por su propios miembros, como algo excepcional, único y nunca antes visto en el planeta tierra. Desde su nombre, pretende presentarse como una consecuencia directa de la aparición de la Virgen de Guadalupe, la Madre Morena de México. Ese partido se asume como algo milagroso, pues su encomienda histórica y su razón de ser, asegura, es la “salvación de México”. Quiere proyectar su semejanza con la Virgen de Guadalupe.

Desde ese momento, Morena asume el disfraz del excepcionalismo. Y bajo esa capa mágica adquiere poderes que no tienen las otras formaciones políticas del país. Morena es excepcional en su conformación; los otros partidos son mundanos y obvios. Lo primero que asume esa organización política es que posee una autoridad moral superior a la de cualquier otro organismo existente en la nación. Asume, diría, con humildad su papel de única fuerza cargada de una tarea histórica con una responsabilidad como ninguna otra.

El pesado fardo de cargar con una verdad histórica que nadie más posee, de salvar a la nación. Morena se considera algo por encima y más allá de un partido con una mundana plataforma político-ideológica. Es un movimiento que interpreta el alma mexicana, en su más profundo sentido de existencia, desde las raíces más antiguas hasta la modernidad. Es un movimiento no anclado únicamente en los tiempos actuales, sino que fluye con los tiempos inmemoriales de la mexicanidad, desde antes de Aztlán hasta nuestros tiempos. Por tanto, posee intrínsecamente una pureza de propósito y pensamiento que ningún partido tiene.



Esa es su diferencia con el resto de los partidos plebeyos que pueblan el territorio nacional. En esto reside su “excepcionalidad”.

Esa identidad originaria con el pensamiento puro de la mexicanidad prehistórica, pasando por la bendición de la Virgen Morena de Guadalupe y ante la misión develada ante sus ojos de ser llamados a ser los salvadores de la nación mexicana del nefasto y diabólico pasado neoliberal. Refrenda todos los días que su misión no la tiene ningún otro actor ni puede asumir la verdad histórica que conoce y carga sobre sus hombros.

La convicción de su origen cuasi mítico le da ese toque de superioridad moral, otorgándole el derecho a la risa sardónica cuando se refiere a los otros, esos actores menores que no comprenden al pueblo sabio.

Subyace en ese estado un componente que, en la vida cotidiana, arroja un aroma de autoritarismo. Ser portador de La Verdad es una responsabilidad, aunque también permite observar con desdén a aquellos que, con sus programitas políticos apoyados en la realidad, no llegan a comprender el alcance y la profundidad de la responsabilidad que cargan los iluminados que han abierto sus ojos a la realidad.

Solo ellos, los morenistas, entienden la divinidad que representan. Ese hecho les da una especificidad que ningún otro mexicano puede alcanzar. La superioridad moral les da un carácter no solo especial, excepcional dirían, sino que cierra tajantemente cualquier discusión. ¿Por qué discutir con sujetos menores, si la verdad está planteada en nuestros principios? Esa lógica trasmina a todo el quehacer del movimiento que, iluminado, se mueve por todo el territorio nacional imponiéndose con agraciadas alianzas con nuevos adeptos y con grupos de poder locales, tanto económicos como criminales.

Y hablando de criminales, el hecho de que Morena sea portador de una verdad histórica permite acceder a todos los resquicios de la sociedad, buscando diversos apoyos. En este proceso, nadie es malo, y todos son propensos a ser nuevos “buenos”, el narcotráfico incluido. El corazón del nuevo México que se encuentra con su pasado y presente, incluyendo a todos por igual. La política de “abrazos, no balazos” se finca en este propósito.



Todos pueden acceder a la corriente del nuevo México transformado en casa de todos. Incluso, es mejor que así sea, porque cada nueva incorporación implica un problema menos. Además, ese nuevo México necesita un nuevo marco jurídico para dar sustento y continuidad a la verdadera transformación del país.

Hablar de una nueva Constitución ya es una obviedad. Conforme México transforma su estructura administrativa y jurídica en el sueño de nuestros más antiguos antepasados, la población seguirá sintiéndose representada. La representación del nuevo México es la pirámide, no esa pesada y burocrática estructura de tres Poderes: Ejecutivo, Legislativo y Judicial. Todos pueden tener un papel en el nuevo Estado, pero la concepción es como lo designaban los antiguos: una pirámide. con un tlatoani en la cúspide, y los otros como siguen, según lealtad, sapiencia, riquezas, destrezas.

El debate sobre centralismo o federalismo quedó zanjado. Es una cuestión académica sobre quién toma las decisiones. En la propuesta de los tres Poderes la cuestión siempre era cuál de ellos tenía precedencia. En la estructura piramidal es un debate resuelto. El pináculo de la pirámide decide y todo se filtra hacia abajo. Es el orden del universo antiguo, diría Morena, con una sonrisa sardónica, y sin discusión.

En este sistema piramidal, no democrático, que emerge en el México actual, la discusión en el Poder Legislativo es una cuestión didáctica o, si se prefiere, académica. Los dictats vienen por lados desconocidos, y las decisiones se toman en sótanos con vidrios polarizados. Si la economía va mal, y la inseguridad se agrava, es culpa evidente de otros, los neoliberales. Sucede igual con la educación, la salud y la falta de empleos suficientes.

El nuevo Poder Judicial estará a tono con los nuevos tiempos piramidales. México ya no tiene tres Poderes, sino uno sólo, contrito, orgánico, incestuoso.

Y todo esto es presentado como un país renovado y en pleno proceso de reencuentro consigo mismo. No es claro que México sea una república, propiamente, aunque se habla de una “democracia acotada”. Más bien, la transformación de México en una autarquía piramidal es el camino adelantado a un régimen de autoritarismo ancestral con tintes corporativistas y militaristas.



Ser miembro de Morena es convertirse en poseedor de esa verdad histórica que promueve el movimiento y, como las aguas del río Jordán limpian los pecados, salen limpios los morenistas de todos sus pecados. Los actos de corrupción cometidos por miembros de Morena se entienden como “expropiaciones en nombre de la revolución”. Nadie persigue a nadie dentro del movimiento y, para que esa premisa se mantenga, ha sido necesario abolir todos los instrumentos de transparencia y de rendición de cuentas. Nadie nunca supo ni sabrá nada.

Para consolidar las premisas de santidad y su vinculación con los profundos afluentes religiosos del pueblo mexicano, Morena ahora está en proceso de transformar a López Obrador en el Papa del movimiento. Él como el referente y líder moral y ella como la jefa política. Es un acto desesperado porque la numerología de las elecciones estatales y del Poder Judicial no arrojaron un saldo positivo. Solitos fueron capaces de movilizar solamente a 9 millones de votos reales, de un padrón de 100 millones. El 9%, nada más. Y eso teniendo al erario público a su entera disposición. Y cargando con el Andy fracasado. El hijo de López Obrador habla de su padre en términos elogiosos, casi mágicos. Ahora la mitología pasa de la Virgen de Guadalupe a la figura de López Obrador. Pero él es vulnerable. Muy vulnerable. Una grabación de él negociando con el Mayo Zambada y se acabó el mito, el Papado, la superioridad moral, la representatividad histórica. Se vuelve una persona, tan temporal y débil como cualquier otro. Y se vuelve ridículo el mito de la excepcionalidad de Morena, con todo lo que dice ser y representar.

POR RICARDO PASCOE

COLABORADOR

ricardopascoe@hotmail.com

@rpascoe